

Obviamente esto no descarta ni anula la presencia en ellas del conflicto, derivado de muy distintas fuentes. Las tensiones raciales que agitaron con extremada violencia toda la andadura de la *affluent society* norteamericana de los años sesenta demuestra cómo la vivencia de irritantes desigualdades por individuos o sectores y su convicción del derecho que les asiste para ponerles fin provoca instantáneamente una coyuntura de pugna-cidad o conflictualidad. El conflicto es la esencia del cambio social, operante siempre, en particular en los regímenes democráticos pluralistas, que institucionalizan su dialéctica y que garantizan el diálogo permanente entre el poder y los ciudadanos.

Conforme se acaba de señalar, múltiples son los motivos de ésta, no siempre originados del malestar surgió de la pobreza o la insatisfacción ante necesidades básicas, sin cubrir, es decir, ni de factores económicos ni de lucha de clases. La frustración de la juventud estadounidense ante la inacabable contienda vietnamita daría lugar a un revisionismo a ultranza de ciertos postulados del consenso nacional y a una crisis universitaria tan honda como extendida. Bajo la influencia de Marcuse, Adorno, Sartre, etc., los jóvenes de Occidente acometieron un implacable cerco al *establishment*.

El optimismo del discurso liberal, con un progreso automático y lineal, no resistía, a sus ojos, la menor prueba a la vista de los desequilibrios e injusticias de todo tipo puestos a la luz por el orden capitalista, así como por el de su gran adversario. La dureza de la sociedad industrial —sociedad, desarraigo del hombre en una sociedad masificada, «multitudes de solos» (P. Valéry), uniformismo, tedio... — fue una vez más denunciada en un análisis muy circunscrito a sus vertientes negativas. El rechazo de los valores establecidos del sistema capitalista y soviético, de la familia, de la autoridad paterna y la moral sexual, del trabajo y la vida cotidiana se haría en nombre de una «libertad sin fronteras» dentro de un mundo libertario y enortado por una utopía prometeica y mesiánica, trascendente a la racionalidad técnica y espoleada por la reconquista de la unidad perdida entre el hombre y la naturaleza y entre el ser humano y sus semejantes.

El reto del futuro

El célebre Mayo francés de 1968 se acunó en una comunidad en el ápice de su opulencia y prestigio internacional, a causa del sentimiento de alienación de varios colectivos frente a una sociedad obsesionada por superar anualmente sus elevadas tasas de crecimiento económico. El progreso material no equivalía a progreso humano y el sacrificio de todo lo valioso de la vida al «falso dios» de un producto nacional bruto cada vez más elevado era un precio demasiado alto. El ideal de la humanidad de subvención total de las necesidades y erradicación de las miserias no compendaba el sueño ni las ilusiones de los sectores más contestatarios de la sociedad occidental. Empero, la desembocadura del famoso movimiento corroboró la fuerza asimiladora del sistema social y su capacidad para la renovación interna, dentro de una dialéctica que no obtura ningún canal para la transformación interna o externa.

Su principal motor, el crecimiento económico, puede considerarse en cierta medida como un bien *per se*, al haber conseguido el destierro de otra gran parte de la Humanidad del espectro de la angustia de la economía de subsistencia y el paro masivo, y consiguiendo en algunos países una duplicación y a veces una triplicación de las rentas *per capita*, mejores condiciones laborales e higiénicas, más ocio y confort y, en definitiva, un bienestar y una calidad de vida nunca conocidos en el pasado.

Como se sabe, sus críticos estiman como negativos esta facultad de integración y de «perpetuación» que frena o impide el cambio, aunque al observarla unilateralmente se comete, sin duda, una violenta distorsión de su naturaleza e imagen. El cambio es posible en ella. La historia así lo patentiza y, probablemente, lo seguirá evidenciando. Más, conforme quedó señalado acaso hasta el exceso en un capítulo anterior, su talón de Aquiles reside en su poder genesiaco. El fastigio de la preponderancia de Occidente coincidió con un período en el que su población constituía aproximadamente la cuarta parte de la población mundial. Hodierno tan sólo la séptima y dentro de menos de una centuria resulta muy probable que sea la decimoquinta. Para esa fecha Australia

y Nueva Zelanda, con 24 millones, tendrán como vecinos a casi seis mil de asiáticos de raza amarilla. Las civilizaciones, como quería Paul Valéry, son, desde luego, mortales...

La sociedad de las democracias populares

Caracteres de conjunto

Durante cerca de medio siglo, las democracias populares han distado de ofrecerse como contrafigura de las «occidentales», si bien en muchas de sus manifestaciones se encontraban vertebradas por principios distintos y hasta opuestos. Su nivel tecnológico e industrial hacía que alguno de los principales sociólogos contemporáneos —Aron, Dahrendorf, etc.— incluyeran a estas sociedades dentro plenamente de las desarrolladas, independientemente de su régimen de producción.

Teóricamente, la igualdad enquistaba todo el sistema legislativo y administrativo de las naciones integradas en este gran bloque. Igualdad tanto más fácil de conseguir por cuanto el principio de la competencia y del lucro, inspirador del capitalismo, estaba desterrado de la organización colectivista inscrita en las constituciones de dichos países. Aunque la división en clases de la sociedad se encontraba proscrita por las mismas razones de oposición al Estado burgués y de connaturalidad al socialismo marxista, el elefantiásico desarrollo del aparato del poder había provocado en todas ellas la aparición de estamentos privilegiados, cuyo conjunto recibió en Rusia la expresión de *Nomenklatura* —altos funcionarios, cuadros técnicos, jerarquías del partido comunista, mandos superiores del ejército...

Encorsetadas por un Estado *Leviathan*, las sociedades socialistas han sido poco dinámicas y fluidas, con muy escaso estímulo para sus capacidades creativas. La sensibilidad y formación colectivas reclamaban —y recogían— del Estado protección económica y seguridad laboral, así como toda suerte de prestaciones y servicios, borrándose con ellos los límites entre las dos esferas por el desmesurado peso de la primera en todo tipo de actividades. El pleno empleo fue, por ejemplo, incuestionablemente uno de los grandes logros de dichas comunida-

des. La socialización de la cultura, otro. Libros, televisores, discos, estaban al alcance de todas las fortunas y el Estado potenciaba su consumo y extensión más eficazmente, a veces, que en Occidente. No por ello la masa de la población disfrutaba de un nivel de vida superior o equiparable al de los estratos mayoritarios de los pueblos de Occidente: aunque toda comparación simplista sea peligrosa por los diferentes modos de existencia y axiología. Así, en Rusia, alquileres y transportes —incluso el aéreo— tenían un coste muy bajo, mientras que vestidos o alimentación continuaban con precios elevados —mercado negro consentido.

Con todo, la inexistencia de la sociedad de la abundancia en los países socialistas así como del consumismo a ultranza propios de los Estados capitalistas les deparaba ventajas que no es posible silenciar. El materialismo insolidario y egoísta tan ostensible en el tejido social de Occidente impregnaba con menor fuerza al de las sociedades socialistas, a pesar de la corriente que en todas ellas propugnaba, de modo progresivo y acelerado, la adopción de las formas de vida occidentales más estandarizadas.

La extensión y riqueza de las zonas verdes de los conjuntos monumentales y ciudadanos, la escasa degradación del medio ambiente, la ausencia de especulación en el desarrollo urbano, el respeto, en fin, a la naturaleza, son rasgos que conformaron un habitat a verdadera escala humana, muy lejos de los estragos de Occidente donde el ecologismo se impone como mero instinto de supervivencia. La concepción y práctica del deporte, propiciador del encuentro consigo mismo y con sus semejantes, como una forma elevada de comportamiento social, es una experiencia muy extendida en los países mencionados, con efectos positivos para la convivencia. El *amateurismo* generalizado presta a torneos y competiciones un atractivo singular, sin merma alguna de su excelencia como lo demuestran a diario los ases y campeones pertenecientes a dichas naciones, a la cabeza siempre de marcas y hazañas.

Los atisbos del cambio

El menor índice de inseguridad con relación a los países capitalistas es otro rasgo atractivo de estas socieda-

des. La delincuencia de todo género —crimen, violencia, drogas...— es en ella inferior, si bien en los últimos tiempos el aflojamiento de los resortes autoritarios y la imitación creciente del modelo de las sociedades «permisivas» han debilitado grandemente esta positiva realidad.

La igualdad de sexos ha alcanzado también cotas muy notables. Las mujeres rusas incorporadas al mundo laboral entre 1950 y 70 rondaban los treinta millones. De 18,2 millones a 45,7 millones habían pasado a ser las mujeres integradas en el sistema productivo, existiendo ramas enteras de la industria o de las profesiones llamadas en Occidente liberales, como la medicina, ejercidas en más de un 80% por el sexo femenino. Pese a todo, para insertar tales hechos en su justa dimensión no deberá olvidarse el enorme desequilibrio cuantitativo entre sexos a favor del «débil» que presenta aún la URSS como resultado de las incalculables pérdidas de varones en los campos de batalla y de concentración. Por lo demás, debe excluirse la hipérbole o la exageración. Desde la revolución de 1917 hasta mediados de los años setenta, sólo cinco mujeres habían desempeñado responsabilidades ministeriales o se habían integrado en los escalones superiores del Partido —y en este último caso como suplentes...

A tono con la naturaleza anticlasista de sus regímenes, estas sociedades ofrecían una fluidez y permeabilidad notables. Ni en la teoría ni en la realidad, había estratos o puestos inaccesibles para el ciudadano y el reclutamiento de las élites se verificaba en todas las esferas y, de ordinario, según las normas de la meritocracia, tan extendida al menos como en Occidente. En la práctica, un obrero soviético gozaba de mayores oportunidades para llegar a ser ingeniero que el occidental. Pese al todopoderoso influjo del partido gobernante y a la existencia de la Nomenklatura, a que se aludía más

atrás, no eran éstos los viveros exclusivos de los estamentos dirigentes, fuera, claro está, de los cuadros políticos. Con todo, un Estado hipertrofiado, una burocracia en ancha medida corrupta y la ausencia de cauces participativos habían reducido hasta hace escaso tiempo la apertura del flujo social y constreñido muy acentuadamente los movimientos de la sociedad civil.

Por razones derivadas de lo acabado de exponer, y por motivos, pues, hartos distintos a los occidentales, la desmovilización ha sido también otra de las notas definitivas de las comunidades socialistas. Exceptuando el escaso porcentaje de miembros del partido único, los restantes ciudadanos estaban privados de acceso a la discusión y a la participación políticas. El formalismo más acartonado regía consultas y votaciones, sin debates ni controversias reales, generando frustración y apatía. En la estela de la *perestroika* soviética, todas las sociedades de este bloque reclamaron mayores cuotas de intervención en las decisiones, reclamando su descentralización y apertura a los vientos de la crítica y la renovación. Sobre todo, en la juventud, el horizonte reformista tenía como cifra la imitación de la democracia y el «desarrollo» occidentales. La conciencia colectiva compendia en este binomio las nuevas formas de prosperidad y bienestar, deseando que el destino de su pueblo se asemejase cada vez más al imperante en Occidente.

En los inicios de la «década prodigiosa», la esperanza en un mundo mejor parecía tener fundadas razones. Treinta años más tarde, después de no pocas frustraciones, caídas y desencantos, también la esperanza parece llenar el horizonte del inmediato porvenir.

**José Manuel
Cuenca Toribio**

